

MANOLI

Si me contaras un cuento,
que me comience con la eme,
para leérselo a Manoli,
que a todos tanto nos quiere.
Manoli, la pobrecita,
la que sin querer va y viene,
poque su salud mental
en su sonrisa crece
y nos va dando alegría
incluso cuando quiere...

La tarde se había quedado desnuda porque Manoli (sol, lluvia y granizo, todo al mismo tiempo), la tonta de ojos azules como el mar que nunca vieron, con las sempiternas velas colgando y ese su andar un poco para adentro como contando los pasos que le faltaban para llegar al cielo, y nacida en el pequeño pueblo de labradores y las fuentes del agua enclavado en la ladera que baja al río Zapardiel donde tantas veces se bañara desnuda y sin prejuicios con su síndrome de Domw a cuestras y esa eterna sonrisa que cautivaba a todo el que se la encontraba por ahí recorriendo las calles y las eras, la alameda, el sendero de los rosales o los prados de la dehesa, desmenuzando entre dientes y suspiros del alma esta cancioncilla que le enseñara su abuela:

Si quieres que te quiera,
dame confites,
que ya se me acabaron
los que me diste...

Manoli, que falleció de meningitis cuando el sol tomaba su dirección hacia el ocaso a la temprana edad de 17 años, y el pueblo se quedó mudo, como si de repente, hubiera perdido su identidad, porque Manoli, con ese problema que todos creían que tenía y ella nunca quiso creérselo porque no le afectaba para nada, era como una mano generosa, siempre abierta para lo que se necesitara, aunque nunca le dio por pisar la escuela. Decía doña Amalia, la maestra, que las personas como ella no lo necesitan porque todo les viene dado por añadidura, ya que es tanto el bien que hacen a la comunidad que el no conocer las letras ni llevadas a la escritura, es un mal menor que suple con creces con actos de generosidad como cuando salvó de morir ahogado en el abrevadero al niño de la Justa aquella tarde otra del 23 de marzo, santa Isabel de Hungría cuando todo el pueblo estaba en el entierro del señor Creescencio, el herro, que hasta el boca a boca le hizo. Y cuando le preguntaron de dónde lo había aprendido, dijo sin más, que lo había visto en una película. O cuando se plantó en medio del sendero que baja del Chorrillo y jugándose la vida, consiguió que la pareja de las mulas que tiraban del carro del señor Agapito y bajaban desbocadas, se

detuviera en seco unos metros antes de llegar a su altura, como si supieran que era Manoli y no podrían llevársela por delante.

Dice don Salvador, el cura de la parroquia, que Manoli tiene ganado el cielo, no como otros del pueblo, que irán derichitos a las calderas de Pedro el Botero.

Nosotros, las nueve chicas y los siete chicos del pequeño pueblo, llevamos llorando más de tres horas, porque Manoli despertaba en nosotros las ansias de vivir, corría más que ninguno, su sonrisa era tan fresca como la escarcha de las cunetas del sendero de los rosales y cuando nos bañábamos en el río, parecía que por unos minutos abandonara la tierra y se elevara un metro en el aire con las gotas de agua resbalándose cuerpo desnudo abajo mientras su sonrisa nos embelesaba a todos, que allí nos quedábamos con la boca abierta hasta que volvía a caer suavemente entre las mansas aguas del río, como si de un milagro se tratase y para nosotros solos. Descanse en paz...

Seudónimo: Zapardiel